

gase aun de recibir refuerzos antes de atravesar la cordillera. Sin embargo, estos no parecieron; y adelantando al traves de un país en que las llanuras arenosas estaban entrecortadas de cuando en cuando por anchos campos de verdura, regadas por corrientes naturales y con mas abundancia aun por canales artificiales, las tropas llegaron por fin á orillas de un río. Este era ancho y profundo, y la rapidez de la corriente ofrecia grandes inconvenientes al pasaje. Pizarro, temeroso de que le disputasen este paso los indígenas desde la orilla opuesta, mandó á su hermano Hernando que lo atravesase con un corto destacamento de noche, y se apoderase de un punto de desembarco seguro para el resto de las tropas. Al romper el día Pizarro hizo preparativos para atravesar la corriente, cortando árboles de los bosques que tenia cerca de sí, y formando una especie de puente flotante, por el cual, antes de anoecer habían pasado todos los aventureros á pie enjuto, con los caballos nadando guiados por las bridas. Fue un día de mucho trabajo en que tomó una parte no pequeña Pizarro en persona, quien esforzándose lo mismo que un simple soldado, estimulaba al mismo tiempo con sus palabras á todos los demas.

Al llegar á la orilla opuesta supieron por sus compañeros que la gente del país, lejos de oponerles resistencia, había huido aterrada. Habiendo cogido á uno de ellos, y presentado á Hernando Pizarro, se negó á contestar á las preguntas que se le hicieron sobre el Inca y su ejército, hasta que se le hizo dar tormento, y entonces declaró que Atahuallpa estaba acampado con toda su fuerza, en tres divisiones separadas, que ocupaban la parte elevada y las llanuras de Caxamalca. Añadió además que el Inca sabia que se acercaban los españoles y que era corto su número, y que los estaba atrayendo hácia su campamento para tenerlos mas completamente en su poder.

Cuando Hernando refirió esto á su hermano, le causó gran inquietud. Sin embargo, á medida que disminuía la timidez de los campesinos, empezaron estos á mezclarse con la tropa, y entre otros el curaca, ó principal personaje del lugar. Este había visto por sus ojos el campamento del Inca, y aseguró al general que Atahuallpa se hallaba en la ciudad fortificada de Guamachuco, como á veinte ó mas leguas al Sur de Caxamalca, con un ejército compuesto á lo menos de cincuenta mil hombres.

Estas noticias contradictorias causaron muchas perplejidades á Pizarro; y propuso á uno de los indios que lo habían acompañado durante una gran parte de la marcha que pasase como espía al campamento del Inca, y le trajese noticias sobre su verdadera situación, y en todo lo posible de sus intenciones con respecto á los españoles. Pero el indio se negó resueltamente á ocuparse en tan peligroso servicio, aunque declaró que estaba dispuesto á ir como agente autorizado del jefe español.

Pizarro accedió á esta proposición, y encargó á su enviado que manifestase al Inca que iba marchando con toda la rapidez posible para llegar adonde él se hallaba. Había además de manifestar al monarca que los españoles se habían portado constantemente con suma moderación con sus súbditos al atravesar su territorio, asegurándole que venían con la plena confianza de encontrar en él los mismos sentimientos amistosos. Encargóse además especialmente al enviado que observase si los pasos difíciles del camino estaban defendidos, ó si se descubrían algunos preparativos de carácter hostil. Estas últimas noticias había de comunicárselas al general por medio de dos ó tres rápidos mensajeros que lo debían acompañar en su misión (1).

(1) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IV.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Relacion del primer

Adoptadas estas precauciones, el cauto general volvió á emprender su marcha, y al cabo de tres días llegó á la base del gran baluarte de montañas, detras del cual se hallaba la antigua ciudad de Caxamalca. Delante de él se levantaban los Andes estupegados, roca sobre roca, con sus faldas cubiertas de bosques siempre verdes, variados de trecho en trecho por terraplenes escalonados de tierra cultivada, con la choza del campesino agarrada á su quebrada pendiente, y con sus crestas cubiertas de nieve en que reflejaban los rayos del sol á una elevación inmensa, presentando en conjunto un caos de silvestre hermosura y magnificencia con que no puede compararse nada de lo que se ve en otros países montañosos. Al traves de esta formidable barrera, por un laberinto de pasos que un puñado de hombres bastaba á defender contra un ejército entero, tenían ahora que emprender su marcha las tropas. A la derecha se veía un camino llano y ancho, guardado de árboles sombríos, por el cual cabían dos carruajes de frente. Era uno de los grandes caminos que iban á parar al Cuzco, y con su comodidad parecia convidar al cansado guerrero á que lo escogiese en vez de los peligrosos desfiladeros de las montañas. Muchos por consiguiente opinaban que el ejército debía marchar por ese camino, y abandonar el primitivo pensamiento de ir á Caxamalca. Pero no lo pensaba así Pizarro.

Los españoles, decía, habían anunciado por todas partes que querían visitar al Inca en su campamento. Este propósito había sido comunicado al mismo Inca. Seguir ahora otro camino era esponerse á que los tuviesen por unos cobardes, y á que Atahuallpa los mirase con desprecio. No quedaba mas alternativa que marchar en línea recta al traves de la sierra á su campamento. Que todos, decía el intrépido capitán, cobren ánimo y avancen como buenos soldados, sin arredrarse por lo escaso del número; porque en los grandes riesgos, siempre combate Dios con los suyos; y no dudeis que él humillará la soberbia del pagano, y lo traerá al conocimiento de la verdadera fé, el gran objeto y fin de la conquista (2).

Pizarro, como Cortés, tenía mucha de esa elocuencia franca y varonil que llega al corazón del soldado mas que la retórica mas culta y mas que los discursos peinados. El era soldado tambien, y experimentaba las mismas sensaciones que los demas; sus mismas esperanzas; sus alegrías y su abatimiento. La educación y el rango no habían intervenido para evitar que simpatizase con el mas ínfimo de sus compañeros. Todas las cuerdas de su corazón vibraban unisonas con las de sus soldados, y la conciencia de esta verdad le daba un absoluto poder sobre ellos. «Guiadnos, gritaron todos cuando él hubo terminado su corta pero ardiente arenga; guiadnos por donde os parezcamos conveniente. Os seguiremos con buena voluntad, y ya vereis cómo sabemos cumplir con nuestra obligación en servicio de Dios y del rey (3).» Ya no había indecisión. Ya no pensaban todos mas que en pasar inmediatamente las cordilleras.

descub., MS.—Xerez, Conq. del Pirú, ap. Barcia, tomo III, pág. 190.

(2) «Que todos se animasen y esforzasen á hacer como de ellos esperaba y como buenos españoles lo suelen hacer, e que no les pudiese temor la multitud que se decía que había de gente, ni el poco número de los cristianos; que aun menos fuesen é mayor el ejército contrario, la ayuda de Dios es mucho mayor, y en las mayores necesidades socorre y favorece á los suyos, para desbaratar y abajar la soberbia de los infieles, é traerlos en conocimiento de nuestra santa fé católica.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, capítulo IV.

(3) «Todos dijeron que fuese por el camino que quisiese, y viese que mas convenia, que todos le seguirían con buena voluntad é obra al tiempo del defecto, y vería lo que cada uno de ellos haría en servicio de Dios é de Su Magestad.» Ibid., MS., loc. cit.

CAPITULO IV.

Paso difícil de los Andes.—Embajadas de Atahuallpa.— Los españoles llegan á Caxamalca.—Embajada del Inca.—Entrevista con el Inca.—Abatimiento de los españoles.

(1532.)

AQUELLA noche celebró Pizarro un consejo con sus principales oficiales, y en él se determinó que él mandase la vanguardia, compuesta de cuarenta caballos y sesenta infantes, para reconocer el terreno; mientras que el resto de la fuerza, mandada por su hermano Hernando, ocuparía su actual posición hasta nueva orden.

Al amanecer ya se hallaban el general español y su destacamento sobre las armas, y preparados á hacer frente á las dificultades de la sierra. Estas fueron mayores aun de lo que se había previsto. El sendero se había abierto de la manera mas conveniente al rededor de los ásperos costados de los precipicios que formaban las montañas; para evitar del mejor modo posible los impedimentos naturales que presentaba la superficie. Pero por necesidad era tan pendiente en algunos puntos, que la caballería tenia que desmontar, subiéndose como mejor podia, y llevando á los caballos por la brida. Tambien en muchos puntos donde alguna roca inmensa estaba suspendida sobre el camino, este pasaba por la estremidad misma del precipicio; y el viajero tenia que caminar por el estrecho lomo de una piedra, que apenas era bastante ancho para que pasase un solo caballo de frente, y en que un solo paso falso lo precipitaria á millares de pies al fondo del horrible abismo. Los ásperos senderos de la sierra, practicables para el indio medio desnudo, y aun para la mula firme y circunspecta, animal que parece haber sido creado para los caminos de la cordillera, eran formidables para los hombres armados y cubiertos con sus pesadas cotas de malla. Las tremendas quebradas, tan horribles en esta cadena de montes, parecían bostezar, como si los Andes se hubieran abierto con alguna terrible convulsion, descubriendo trozos inmensos de la roca primitiva en sus costados, cubierta en parte por la vegetación espontánea de los siglos; mientras que sus tenebrosas simas ofrecían un lecho á los torrentes que, naciendo en el corazón de la sierra, se abrian paso gradualmente, y se estendían por las sábanas y verdes valles de la tierra caliente en su marcha hácia el gran Océano.

En muchos de estos pasos se descubrían facilidades para una encarnizada defensa, y los españoles, al penetrar por los desfiladeros de las rocas, miraban por todas partes temerosos de levantar algun enemigo oculto en su emboscada. Creció de punto este temor cuando en la cumbre de una garganta estrecha y pendiente en que se hallaban empeñados, descubrieron una gran obra que se asemejaba á una fortaleza y que parecia amenazar y desafiar á los invasores. Al acercarse á este edificio, que era todo de piedra, y que dominaba un ángulo del camino, casi esperaban ver aparecer en sus almenas los guerreros peruanos, y recibir en sus escudos una tormenta de proyectiles; porque estaba en posición tan fuerte, que un puñado de hombres valerosos hubieran podido desde ella disputar el paso á un ejército entero. Pero tuvieron la satisfacción de descubrir que este edificio no estaba habitado; y mucho se reanimaron al convencerse de que el monarca indio no pensaba en oponer impedimentos á su marcha, pues si lo hubiera querido esta era fácil ocasión para hacerlo con buen éxito.

Pizarro mandó inmediatamente órdenes á su hermano para que lo siguiese sin tardanza; y despues de dar algun descanso á su gente, prosiguió su penosa subida llegando al anoecer á otra fortaleza mas fuerte aun que la anterior. Era toda de mampostería

sólida, la parte inferior escavada en la peña viva, y toda la obra ejecutada con destreza no inferior á la del arquitecto europeo (1).

Aquí se alojó Pizarro para pasar la noche. Sin esperar á que llegase la retaguardia volvió á emprender su marcha al día siguiente, penetrando mas y mas en los intrincados desfiladeros de la sierra. El clima había ido cambiando por grados, y los hombres y los caballos, especialmente estos, sufrían mucho por efecto del frío, por la razón sobre todo de haber estado acostumbrados durante tanto tiempo á los ardientes climas de los trópicos (2). Tambien había cambiado el carácter de la vegetación; y los árboles magníficos que cubrían la parte baja del país habían poco á poco cedido el puesto á los tristes bosques de pinos, y á medida que subían mas, á la raquítica vegetación de innumerables plantas alpinas, cuya áspera naturaleza encontraba una temperatura que le convenia en la frígida atmósfera de las regiones mas elevadas. Estas tristes soledades parecían haber sido casi enteramente abandonadas por la creación bruta lo mismo que por el hombre. De cuando en cuando se veía á la ágil vicuña, en su estado de libertad natural, mirando hácia abajo desde el encumbrado pico adonde no se atrevía á acercarse el cazador. Pero en lugar de los brillantes pájaros que animaban la oscuridad de los bosques de los trópicos, los aventureros no veían ahora mas que al ave gigantesca de los Andes, el condor, que cerniéndose en los aires á una elevación inmensa, seguía con melancólicos gritos la marcha del ejército, como si el instinto lo guiase por el sendero de la sangre y de la carnicería.

Por fin llegaron á la cumbre de la cordillera, donde esta se estiende en una inmensa y árida llanura, en que apenas hay vestigios de vegetación, á no ser el pajonal, yerba seca y amarilla, que vista desde abajo ciñendo la base de los picos cubiertos de nieve, é iluminado su color amarillo con los rayos de un ardiente sol, parece un engarce de oro que abraza pináculos de plata pura. La tierra era estéril, como sucede en los distritos minerales, y ya se acercaban á las antes famosas minas de oro de Caxamalca. Aquí se detuvo Pizarro para esperar á la retaguardia. El aire era penetrante y frío; y los soldados estendiendo sus tiendas de campaña, encendiendo fuegos, y agrupándose unos junto á otros, trataban de buscar un descanso necesario despues de su fatigosa marcha (3).

No habían permanecido mucho tiempo en este punto, cuando llegó un mensajero que era uno de los que habían acompañado al comisionado indio enviado por Pizarro á Atahuallpa. Dijo al general que no había enemigos en el camino, y que venía y llegaría en breve al campamento español una embajada del Inca. Pizarro despachó al instante otro emisario para que la retaguardia apresurase su marcha, porque no quería que el enviado peruano lo encontrase con tan corto número de parciales. El resto del ejército no se hallaba muy distante y poco despues llegó al campamento.

(1) «Tan ancha la cerca como cualquiera fortaleza de España, con sus puertas: que si en essa tierra oviese los maestros y herramientas de España; no pudiera ser mejor labrada la cerca.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 192.

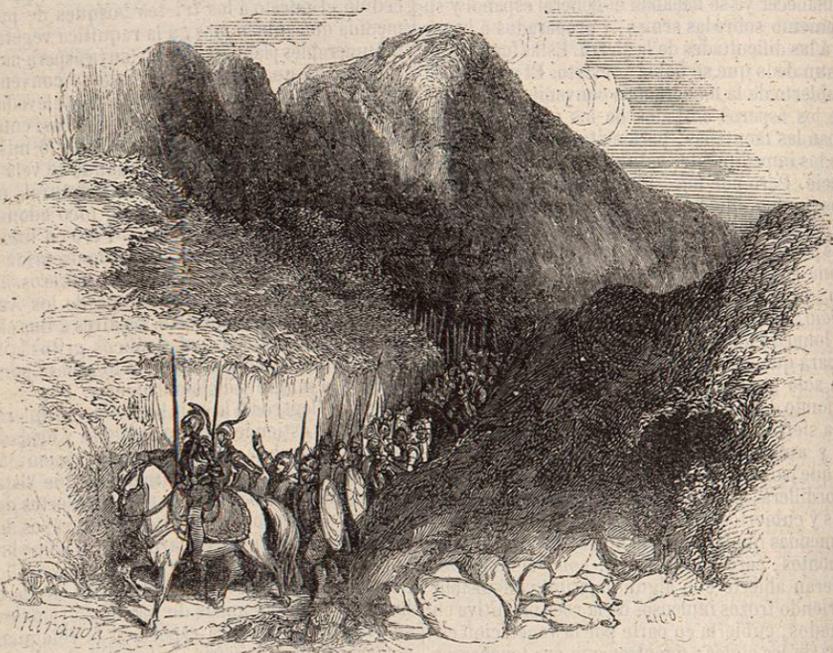
(2) «Es tanto el frio que hace en esta sierra, que como los caballos venían hechos al calor que en los valles hacia, algunos de ellos se resfriaron.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 191.

(3) «E aposentáronse los españoles en sus todos ó pabellones de algodón de la tierra que llevaban, é haciendo fuegos para defenderse del mucho frio que en aquella sierra hace, porque sin ellos no se pudieran valer sin padecer mucho trabajo, y segun á los cristianos les pareció, y aun como era lo cierto, no podia haber mas frio en parte de España en invierno.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IV.

Tampoco tardó mucho en llegar la embajada india, que se componía de uno de los Incas nobles y varios sirvientes, y que traía un oportuno regalo de llamas al comandante español. El enviado peruano traía también el encargo de saludar á los españoles en nombre de su señor, quien deseaba saber cuándo llegarían los españoles á Caxamalca, para poderles proporcionar todo lo que necesitasen. Pizarro supo que el Inca había salido de Guamachuco, y que ahora se encontraba con una pequeña fuerza cerca de Caxamalca, en un punto afamado por sus manantiales de agua ca-

liente. El peruano era hombre de inteligencia y el español supo por él muchos pormenores sobre la reciente lucha que había agitado al imperio.

Como el enviado se jactaba en términos pomposos de las hazañas militares y de los recursos de su soberano, Pizarro creyó conveniente manifestar que todo esto no le asustaba. Espresóle su satisfacción por los triunfos de Atahualpa, confesándole que había conquistado un alto puesto entre los guerreros indios. Pero añadió con mas prudencia que cortesía, es tan inferior al monarca de los españoles como inferior á él



Paso de los Andes.

es el último curaca del país. Esto era evidente, considerando la facilidad con que unos pocos españoles habían atravesado ese gran continente, sometiendo una tras otra las naciones que habían querido resistir á sus armas. La gran fama de Atahualpa, prosiguió, era lo que le había incitado á visitar sus dominios para ofrecerle sus servicios en sus guerras; y si el Inca lo recibía con el mismo espíritu amistoso que lo animaba á él, no tenía inconveniente en retardar por algún tiempo su viaje al través del país hacia el opuesto mar. El indio, según las relaciones de los españoles, escuchó con terror estas pomposas palabras del general español. Sin embargo, puede ser que el embajador fuese mejor diplomático que lo que ellos imaginaban, y que entendiésemos muy bien que solo se trataba de fanfarronadas entre él y su mas civilizado antagonista (1).

A la mañana siguiente muy temprano volvieron á emprender su marcha las tropas, y emplearon dos días mas en recorrer las gargantas de las cordilleras, que parecían suspendidas en los aires. Poco despues,

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 195. — Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. V.

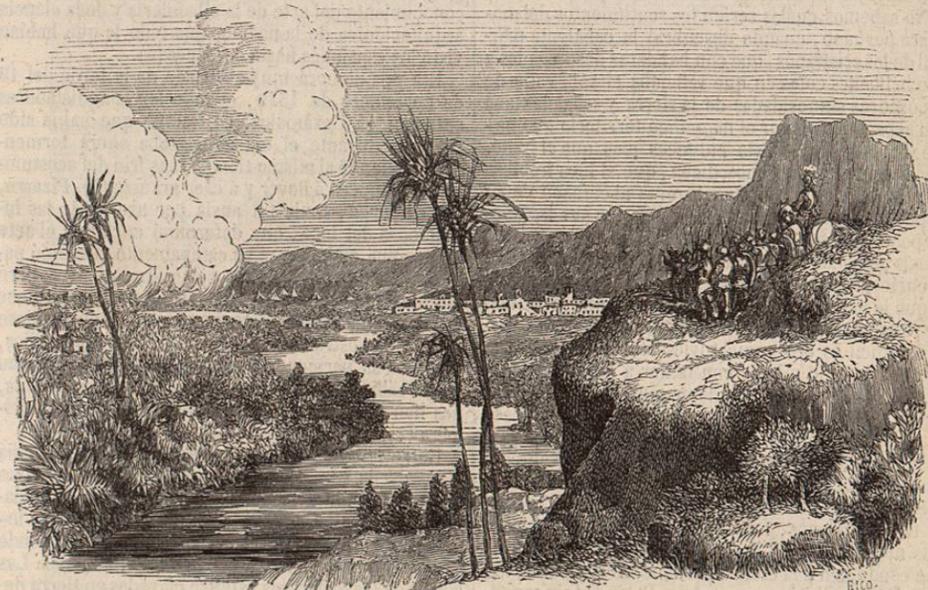
empezando ya á bajar por el lado del Este, llegó otro emisario del Inca con igual embajada que el anterior, y con otro regalo de llamas. Este era el mismo noble que había visitado á Pizarro en el valle; pero ahora venía con mas pompa, bebiendo *chicha*, el jugo fermentado del maíz, en copas de oro que llevaban sus criados, y que escitaban la admiración de los codiciosos aventureros (2).

Mientras que se hallaba en el campamento, volvió el primer mensajero indio que Pizarro había enviado al Inca, y apenas vió al embajador y la cortesía y deferencia con que lo trataban los españoles, cuando estallando en ira, quiso venir á las manos con él, y lo hubiera hecho á no habérselo impedido los circunstancias. Era cosa muy dura, decía, que se tratase tan bien á este perro peruano, cuando él casi había perdido la vida al llevar una misión análoga entre sus propios compatriotas. Al llegar al campamento del Inca, no se le había permitido presentarse á este bajo pretexto de que estaba guardando un ayuno y que no

(2) «Este embajador traía servicio del Señor, y cinco ó seis vasos de oro fino, con que bebía, y con ellos daba á beber á los españoles de la *chicha* que traía.» Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 195. — Oviedo, Historia de las Indias, MS., ubi supra.

se le podía ver. No le habían hecho caso alguno cuando dijo que venía de emisario de los blancos; y probablemente no hubiera escapado con vida si no les hubiese asegurado que por cualquier daño que se le hiciese adoptarían represalias los españoles en los enviados peruanos que se hallaban en su campamento. Añadió que no había duda alguna sobre las intenciones hostiles de Atahualpa; porque se hallaba rodeado por un poderoso ejército, en un campamento muy fortificado á cosa de una legua de Caxamalca, mientras que esta ciudad había sido completamente evacuada por sus habitantes.

A todo esto el enviado del Inca respondió con mucha sangre fría, que bien podía el enviado de Pizarro haber previsto este recibimiento puesto que no llevaba credencial alguna de su misión. En cuanto al ayuno del Inca, era verdad, y aunque habría recibido con gusto al enviado de los extranjeros si hubiera sabido que se hallaba uno en su campamento, era sin embargo peligroso incomodarlos en estas ocasiones solemnes cuando estaba ocupado en sus deberes religiosos. Las tropas que lo rodeaban no eran numerosas, considerando que el Inca se hallaba empeñado en aquellos momentos en una guerra importante; y



El valle de Caxamalca.

por lo que hacia á Caxamalca, la habían abandonado sus habitantes para dejar alojamiento á los blancos, que tan pronto habían de llegar á ocuparla (1).

Esta esplicacion, aunque ingeniosa, no satisfizo enteramente al general, porque estaba demasiado convencido de la astucia de Atahualpa, de cuyas intenciones relativamente á los españoles desconfiaba muchísimo. Como se proponía sin embargo conservar relaciones amistosas por ahora con el monarca, claro es que no debía aparentar que abrigaba sospechas. Afectando pues creer implícitamente la seguridad del enviado, lo despidió con reiteradas seguridades de que se presentaría en breve ante el Inca.

En la bajada de la sierra, aunque las pendientes de los Andes son menos rápidas por el costado del Este que por el del Oeste, casi se experimentaron tantas dificultades como en la subida; y no fue pequeña la satisfacción de los españoles cuando al sétimo día avistaron el valle de Caxamalca, que adornado con todas las galas de la agricultura, yacia como una brillante y variada alfombra verde; que ofrecía un contraste notable con las negras masas de los Andes que por todas partes lo rodeaban. El valle es de forma

ovalada, y tiene como cinco leguas de ancho. Su población tenía un aspecto muy superior á todos los habitantes del país que habían visto los españoles al otro lado de las montañas, como lo probaba el mejor vestido y la mayor limpieza que se descubría en sus personas y en sus habitaciones (2). Hasta donde la vista alcanzaba, la parte llana ofrecía los resultados de una agricultura activa y bien entendida. Un ancho río serpenteaba entre las sementeras, facilitando amplios medios á la acostumbrada irrigación por medio de canales y acueductos subterráneos. Los campos, divididos por vallados verdes, presentaban un tablero de trozos de diferente cultivo, porque la tierra era fértil, y el clima, si bien menos estimulante que el de las abrasadas regiones de la costa, era mas favorable á los fuertes productos de las latitudes templadas. Debajo de los aventureros, con sus blancas casas doradas por el sol, se veía la pequeña ciudad de Caxamalca, como una joya brillante en las negras faldas de la sierra. Como á una legua mas allá al través del valle, se veían columnas de vapor que se levantaban hacia las nubes, indicando el punto de los famosos baños calientes muy frecuentados por los soberanos del Perú. Y aquí también se presentaba un espectáculo no tan grato á los ojos de los españoles, porque á lo largo del declive de las colinas veíase una blanca nube de tiendas de campaña que cubrían la tierra co-

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 194. — Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

(2) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 195.